

6/10/2018

QUIEN NO VIVE PARA SERVIR, NO SIRVE PARA VIVIR (Parte 2) Juan 15:1-7

Había en un bosque tres árboles, uno quería ser utilizado para ser parte de un gran buque de guerra, el segundo deseaba ser utilizado para ser un cofre del tesoro y el último deseaba ser el árbol más grande de toda la selva. Pasó el tiempo y el primero fue utilizado para hacer una canoa, el otro para ser un recipiente donde colocan el alimento para los animales del establo, y el último, en contra de su voluntad, fue cortado y hecho piezas que terminarían en una bodega. Los tres árboles estaban frustrados y desilusionados.

Al pasar el tiempo el que era el recipiente de alimento tuvo el honor de que en él colocaron el mayor tesoro del mundo “el niño Jesús” cuando nació en aquel pesebre; el que fue canoa llevo de un lugar a otro a nada menos que al Maestro y el que cortaron en piezas fue el que ocuparon para elaborar la cruz en la que colgaron a nuestro Señor Jesucristo.

El propósito de Dios siempre será mejor que cualquier plan que podamos tener.

La semana pasada vimos que el Señor Jesús se comparó a Sí mismo con un viñedo, y aprendimos que, para entender lo que el Señor Jesús les enseñó a sus discípulos, teníamos que necesariamente conocer el manejo de un viñedo. Así aprendimos que los pámpanos nuevos o ramas nuevas del árbol de uvas, tienen la tendencia natural de arrastrarse y crecer por el suelo, pero que así no dan fruto. Aprendimos que son tan valiosos para el labrador que, cuando esto pasa, el labrador no los corta sino que los levanta, les quita el lodo, los pone más cerca del sol, y los amarra al enrejado para que ya no crezcan hacia abajo. Al poco tiempo el pámpano empieza a dar fruto. Aprendimos que la palabra usada para quitar, se puede traducir como tomar, levantar o sostener, pero nunca como cortar.

Aprendimos que la diferencia entre quienes dan fruto y quienes no lo dan, ahora hablando de nosotros, la hace la relación que tengamos con Cristo; entre más profunda es nuestra relación con el Señor, más fruto daremos. Entre menos relación tengamos con Él, eventualmente nos vamos a secar y no daremos fruto. Pero también aprendimos que el llamado para el creyente es a dar fruto y que cuando esto no se da, entonces el Padre, como el labrador, interviene para quitarnos el lodo, podarnos y colocarnos en un lugar mejor en donde podamos crecer. Esto

puede parecer muy romántico, pero la verdad es que para que el Padre haga eso con nosotros nos está disciplinando y la disciplina muchas veces es muy dolorosa. En Hebreos se le compara a la disciplina con el castigo o reprensión y con los azotes (*Heb. 12:5-6*). En estos mismos versículos de Hebreos se nos llama a no tener en poco esta disciplina del Señor y se nos llama a mantenernos firmes cuando ésta llegue. Pero en todo ello está el amor de Dios porque la disciplina no está separada del amor; al contrario si usted ama a su hijo lo disciplina cuando se porta mal, para que aprenda lo que no se debe hacer y que aprenda las consecuencias de las malas decisiones y entonces crezca siendo un hombre o mujer de bien, que de buen testimonio de Cristo en su vida. La Carta a los Hebreos lo ilustra muy bien cuando dice: *“Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados”* (*Heb. 12:11*). Y recuerde, nosotros fuimos llamados a dar fruto.

Con absoluta sinceridad delante de Dios, nosotros deberíamos escudriñar en nosotros mismos qué es lo que impide que podamos dar fruto, pedir perdón a Dios y dejarnos caer en sus manos para que nos levante y nos pade y para que podamos dar el fruto que Él espera de nosotros. Pero, ¿qué pasa si aún con los cuidados del labrador el pámpano no da fruto?, es decir, ¿qué pasa si aún con el cuidado de nuestro Labrador, el Padre, no damos fruto? Eso es lo que vamos a ver hoy. Hoy vamos a entender otra parte difícil de esta ilustración que hace el Señor Jesús acerca de la vid y los pámpanos.

“Yo Soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en Mí, y Yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de Mí nada podéis hacer” (v.5).

¿Sabía usted que los viñadores podan sus vides cada año con mayor intensidad que el anterior? Sí, es verdad, porque la capacidad de la vid para producir aumenta cada año, pero ellos dicen que sin una poda intensiva, la planta se debilita y disminuye su producción. Es necesario podar fuertemente los pámpanos maduros para lograr de ellos el máximo rendimiento. Una buena poda permite tener cuidado de que no lleguen los hongos que atacan a la vid, o detectarlos para eliminarlos.

Un pámpano tirado en el suelo no produce ningún fruto, ni siquiera produce una hoja, mucho menos una uva; al contrario, el pámpano se seca, se muere. Es necesario que el pámpano esté pegado al tronco de la vid para producir fruto. En estos siete versículos de nuestro estudio, el

verbo *permanecer* aparece 6 veces, lo cual nos habla del mensaje central. Estamos llamados a dar fruto y la única manera de cumplir ese llamado es permaneciendo con Cristo. La palabra *permanecer* tiene el sentido de *habitar, vivir o perdurar*. Permanecer tiene la misma raíz de permanente, es decir, algo que habita, vive o perdura TODO el tiempo. Sin la gracia de Cristo no podemos hacer nada, absolutamente nada. Agustín de Hipona dice respecto a esto que el Señor Jesús no dijo *"porque sin Mí podéis hacer poco, sino: "nada podéis hacer"*".

Sin la gracia de Cristo no solamente no podemos hacer nada, sino que no somos nada. El Apóstol Pablo escribió a los Corintios: *"Pero por la gracia de Dios soy lo que soy"* (1Co. 15:10 a). Permanecer en Cristo da sentido y propósito a nuestras vidas; es dejarlo que gobierne nuestras vidas, es estar en todo tiempo conectados con Él por medio del Espíritu Santo, es querer hacer nuestras vidas con Él, es dejarnos podar por Él cada vez para dar más y más fruto, es formar una relación permanente, irrompible.

"El que en Mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden" (v.6).

Nuevamente el Señor está hablando unas palabras que si no se entienden bien, o se sacan de su contexto, pueden provocar una interpretación errónea y una aplicación peor de errónea. ¿Qué quiso decir el Señor Jesús con estas palabras? Déjeme le digo primero lo que no está diciendo porque de aquí procede una mala interpretación. El Señor Jesús no está amenazando con arrancar a un pámpano y echarlo al fuego del infierno sólo porque no produce fruto; recuerde, no salga del hecho de que el Señor Jesús está hablando de dar fruto, no de la salvación, y no salga del hecho de que está utilizando la figura de una vid para ilustrar lo que quiere enseñar. Así es que tenemos que mantenernos enfocados en la cuestión del fruto y en la cuestión de cómo se maneja un viñedo. No lo quiso decir antes (v.2), no tendría sentido decirlo ahora.

Esto es lo que está diciendo el Señor: A diferencia del olivo y de otros muchos árboles, cuya madera ha tenido muchos usos como el de hacer figuras, muebles y hasta se utiliza en la construcción, la vid produce una madera quebradiza, no sirve para nada, mas que para ser echada en el fuego si no da fruto. El Señor, hablando a través el profeta Ezequiel dice respecto a la madera de la vid: *"Vino a mí Palabra de Jehová, diciendo: Hijo de hombre, ¿qué es la madera de la vid más que cualquier otra madera? ¿Qué es*

el sarmiento entre los árboles del bosque? ¿Tomarán de ella madera para hacer alguna obra? ¿Tomarán de ella una estaca para colgar en ella alguna cosa? He aquí, es puesta en el fuego para ser consumida; sus dos extremos consumió el fuego, y la parte de en medio se quemó; ¿servirá para obra alguna? He aquí que cuando estaba entera no servía para obra alguna; ¿cuánto menos después que el fuego la hubiere consumido, y fuere quemada? ¿Servirá más para obra alguna?” (Ez. 15:1-5). El Señor está diciendo que un pámpano que no da fruto, no sirve para nada mas que para ser leña. Si el pámpano no sirve, no sirve. Quien no vive para servir, no sirve para vivir.

Existen varias posturas en cuanto a lo que se refiere el Señor con *permanecer*. Cuando dice de alguien que no permanece en Él, se puede referir a los que dicen ser creyentes pero no lo son; parecen serlo pero no lo son; o bien, se puede referir, siguiendo la misma línea de pensamiento acerca del fruto, a los creyentes que no estuvieron en comunión con Él y por eso no dieron fruto. Están secos, no tienen ninguna utilidad en el Reino; recuerde, aún estos pámpanos que no dan fruto están en Él. Sin embargo, para ambos casos, el fuego es una figura de juicio. El pámpano que no da fruto recibirá una fuerte disciplina de parte de Dios.

“Si permanecéis en Mí, y Mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho” (v.7).

Esta es de verdad una hermosa promesa que quien la deseche es porque de verdad no tiene ningún interés de invertir y de crecer en el Reino. Si alguien no sabe cómo dar fruto, puede pedirle al Señor TODO lo que necesite y Él se lo dará; si alguien ya da fruto, igual puede pedirle al Señor TODO lo que necesite para dar más fruto y Él se lo dará. Le dará TODO lo que necesite sin límite para que pueda dar fruto. TODO.

Este es también un versículo muy mal interpretado por muchos que piensan que al Señor le puedo pedir lo que yo quiera, casas, carros, dinero, etc., y Él me lo concede si yo permanezco fiel a Él. Pero recuerde que el principio mayor de interpretación es no sacar un versículo de su contexto para que no se convierta en un pretexto, para no forzar las Escrituras para que digan lo que yo quiero o deseo. Y el contexto aquí es el de dar fruto. No tenemos absolutamente ninguna excusa para no servir a nuestro Señor. Si su problema es el tiempo, si su problema es el no estar preparado, si su problema es el temor, lo que sea que impida servir al Señor, pídale lo TODO lo que necesita para dar fruto y, conforme a su promesa, Él se lo dará.

Recuerde que la frase clave es cuando dice el Señor Jesús “*en Mí*”. No está hablando de perder la salvación porque en Él está garantizada (Jn. 6:35,47,56; 7:38; 11:25,26; 12:44,46; 14:12,20; 16:33). Mire la diferencia: el diablo y los incrédulos no están en Él: “*No hablaré ya mucho con vosotros; porque viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en Mí*” (Jn. 14:30). Los incrédulos tampoco están en Él: “*Y cuando Él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más*” (Jn. 16:8-10). Pero éstos de los que habla el Señor en nuestro relato de la vid sí están en Él, sólo que algunos tienen comunión con Cristo (permanecen en Él) y dan fruto, mientras que otros no tienen comunión con Cristo (no permanecen en Él) y no dan fruto.

Para los primeros habrá recompensa, para los segundo habrá fuerte disciplina de parte de Dios. Pero al margen de la disciplina de Dios, sin lugar a dudas lo más feo es que Dios nos vea como pámpanos que no servimos, inútiles, huecos, sin sentido, sin ninguna utilidad para el Reino, que se han conformado solamente con ser salvos.

Quien está así es porque no ha experimentado el gozo de servir al Señor, no ha experimentado el gran privilegio de trabajar para el Rey de reyes y Señor de señores, no ha valorado que es este Rey del universo el que nos ha mirado y Él nos ha llamado; es Él quien nos hace la oferta de trabajo; el mejor trabajo que jamás podremos tener, el trabajo mejor pagado del mundo, el trabajo en donde el gerente del negocio siempre tiene en constante capacitación a sus trabajadores, siempre les está dando estímulos o premios para que se motiven.

Cuando era subdirector de ventas de una empresa muy importante en México tenía un cuadro grande colgado en la pared que decía: “Si no sabes, te enseño, si no puedes te ayudo, pero si no quieres, ¿qué hago?” Aquí no se puede hacer nada. Si esto es verdad de un gerente, ¿cuánto más lo es del Gran Patrón de nuestras vidas?

Quien no vive para servir, no sirve para vivir. No nos conformemos nunca con la comodidad de no hacer nada para Él. Pidámosle al Señor TODO lo que necesitamos para dar fruto y experimentemos el gozo, el privilegio, la recompensa y la bendición de servir al Señor como verdaderos discípulos. Amén... Vamos a orar...